

consultar ante los que sufren, sin escoger la página en que se abra, y leer con candor el primer pasaje que se presente á nuestra vista. Si el hombre no lo escoge, lo escoge Dios. Dios siempre sabe lo que nos conviene. Su dedo invisible señala las líneas inesperadas que leemos. Cualquiera que sea el pasaje con que tropecemos, de él brota para nosotros necesariamente la luz. No busquemos otro; atengámonos á él, que sus palabras vienen de lo alto. Nos revela misteriosamente nuestro destino el texto que invocamos con confianza y con respeto. Escuchémoslo, pues, y obedezcamos. Mess Lethierry, os hallais sumido en el dolor, pero este libro es un bálsamo de consuelo; estais enfermo, pero este libro es la salud.

El reverendo Jaquemin Hérode abrió los broches de la Biblia, resbaló la uña á la aventura entre dos páginas, puso un instante la mano sobre el libro abierto, se recogió luego dos minutos, inclinó hácia las páginas escritas los ojos con autoridad y leyó en voz alta:

“Isaac se paseaba por el camino que conduce al pozo llamado el Pozo del que vió y del que vé.

“Rebeca, habiendo visto á Isaac, dijo: ¿Quién es ese hombre que vá delante de mí?

“Entonces Isaac la hizo entrar en su tienda y la tomó por mujer, y el amor que por ella sintió fué grande.”

Ebenezeer y Deruchette se miraron.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1906. 1625 MONTELEONE, MEXICO

SEGUNDA PARTE.

GILLIATT EL MALIGNO

LIBRO PRIMERO

El escollo.

I.

Sitio donde es difícil de llegar y más difícil salir.

Como el lector habrá comprendido, el buque que la noche anterior se divisó á distintas horas desde varios puntos de la costa era el barco de Gilliatt. Este se dirigió por el camino que costea el canal por entre las rocas, que era el más peligroso, pero el más recto. Todo su afán era llegar pronto. Los naufragios no esperan, el mar es apremiante, y una hora de retraso podía ser irreparable. Gilliatt quería ir pronto en socorro de la máquina que peligraba.

Evitó al salir de Guernesey llamar la atención y partió como si se evadiese. Parecía que se ocultaba. Evitó la costa del Este como si no quisiera que le viesen en Saint-Sampson ni en Saint-Pierre Port, y se deslizó silenciosamente á lo largo de la costa opuesta, que está poco habitada. Tuvo que remar en las rompientes, pero Gilliatt manejaba el remo con arreglo á la ley hidráulica; tomaba el agua sin choque y la volvía con ligereza; de este modo pudo navegar en la oscuridad con la mayor fuerza y el menor ruido posible. Parecía que iba á cometer una mala acción.

TOMO II.

Pero era porque aunque iba á arrojar-se con los ojos cerrados á una empresa de éxito muy dudoso y á arriesgar la vida, casi con seguridad de perderla, aun temía que alguno le hiciera la competencia.

Cuando el sol empezaba á declinar, los ojos desconocidos, que quizá están abiertos en los espacios, pudieron ver en medio del mar, en uno de los sitios más solitarios y amenazadores, dos objetos, entre los que el intervalo decrecía al acercarse uno al otro. Uno de ellos, casi imperceptible en medio del anchuroso movimiento de las olas, era un barco de vela que dirigía un hombre. Era el buque holandés de Gilliatt. El otro objeto, inmóvil, colosal y negro, elevaba encima del agua sorprendente figura. Dos altos pilares sostenían encima de las olas, en el vacío, una especie de traviesa horizontal, que era como un puente echado entre los dos remates. La traviesa aparecía tan informe desde lejos, que era imposible adivinar lo que era, y formaba cuerpo comun con los dos pilares. Se asemejaba á una puerta. Pero, ¿de qué servía una puerta en el mar, que está abierto por todas partes? Pudiera creerse que era un dolmen titánico, levantado en pleno Océano por una fantasía sobresaliente y por manos acostumbradas á construcciones que guardasen proporciones con el abismo. Aquella silueta feroz se destacaba sobre la claridad del cielo.

La luz de la alborada se iba extendiendo hácia Levante, y la blancura del horizonte aumentaba la oscuridad del

mar. Frente á frente, y á la otra parte, la luna se ponía.

Esos dos pilares eran los Douvres. La mole encajada entre ellos, como un arquitecabo entre dos jambas, era la *Duranda*.

El escollo, sujetando de ese modo su presa y enseñándola, era terrible; los objetos ostentan á veces á la vista del hombre actitud sombría y hostil. Parecía que aquellas rocas estaban en guardia y en actitud de desafío; era altivo y arrogante aquel conjunto; el buque vencido estaba en poder del abismo, su señor. Las dos rocas, goteando aun la tempestad de la víspera, parecían dos combatientes sudando. El viento se habia apaciguado, el mar se plegaba pacíficamente: se adivinaban, mirando la superficie del agua, rompientes, en las que caían penachos de espuma, y de vez en cuando llegaba desde alta mar murmullo semejante al zumbido de las abejas. Todo estaba á un nivel, menos los dos Douvres, que seguían rectos como dos columnas negras, cubiertas de ova hasta cierta altura. Sus escarpados lomos ofrecían reflejos de armaduras. Se comprendía que bajo del agua tenían montañas por raíces. Trasporaban una especie de omnipotencia trágica.

Ordinariamente disimula el mar los desastres que vá á causar, los vela con su sombra incommensurable. Es raro que el misterio renuncie al secreto. Ciertamente hay algo monstruoso en la catástrofe, pero en cantidad desconocida. El mar es potente y secreto; se oculta, no le place divulgar sus acciones. Produce un naufragio y lo tapa; engullir es su pudor. La ola es hipócrita; mata, encubre, afecta candidez y sonríe. Ruge y despues se riza.

Aquí no sucedía eso. Los Douvres, despues de levantar sobre las olas á la *Duranda* muerta, conservaban su actitud de triunfo. Parecía que eran dos brazos monstruosos que salían del abismo para enseñar á las tempestades el cadáver de un buque. Se asemejaban al asesino que se jacta de sus fechorías.

A ese espectáculo habia que añadir el horror sagrado de la hora. El amanecer ostenta grandeza misteriosa, que se compone de un resto de sueño y de un principio de pensamiento. En aquellos confusos momentos flota aun en el espacio algo del espectro. La especie de inmensa H mayúscula, que formaban en los Douvres, que la *Duranda* unía como un

eslabon, aparecía en el horizonte con cierta majestad crepuscular.

Gilliatt llevaba el traje de marinero: camisa de lana, medias de estambre, zapatos claveteados, chaqueton de punto de media, pantalon de paño burdo y uno de esos gorros de lana colorada que usaban entonces en la marina.

Reconoció el escollo y avanzó.

La *Duranda*, al revés que el buque echado á pique, estaba suspendida en el aire.

No se podía acometer salvamento más extraño.

Era ya muy avanzado el dia cuando Gilliatt llegó á las aguas del escollo.

Como acabamos de decir, el mar estaba tranquilo. El agua solo tenía la cantidad de agitacion que le imprime la opresion entre los peñascos.

Gilliatt abordó los Douvres con mucha precaucion.

Arrojó la sonda varias veces.

Necesitaba practicar un desembarco provisional.

Como acostumbraba á viajar, tenía dispuesto todo lo necesario. Metió en la barca un saco de galleta, otro de harina de centeno, una cesta de stock-fish y de tasajo, una pipa de agua dulce, un cajon de Noruega, en el que encerró algunas camisas gruesas de lana, un chaqueton, unos calzones embreados y una piel de carnero. Además de todo esto pan tierno, que puso en el buque antes de salir del Bú de la Calle. Impaciente por partir, no sacó de su morada más instrumentos de trabajo que su martillo de hierro, el hacha y la segur, una sierra y una cuerda de nudos, armada con su correspondiente garfio. Con una escalera de nudos, sabiendo servirse de ella, las pendientes más ásperas se hacen accesibles y el buen marino encuentra practicables las más rudas escarpaduras. También metió en el barco las redes, los sedales y todos sus aparejos de pesca. Se los llevó por costumbre y maquinalmente, porque demasiado comprendía que en la empresa que iba á acometer no los podría usar.

Cuando Gilliatt llegó al escollo, la marea bajaba; esta circunstancia era favorable para él. Las olas decrecientes dejaban al descubierto al pié de la Douvres menor algunos asientos chatos y poco inclinados, que se parecían bastante á las repisas que sostienen un piso. Estas superficies, ya estrechas, ya anchas, escalonadas en espacios desiguales

á lo largo del monolito vertical, se prolongaban en figura de estrecha cornisa hasta debajo de la *Duranda*, que sacaba la barriga entre los dos peñascos; estaba colocada allí como en un torno.

Dichas plataformas eran á propósito para descargar y para columbrar; podía dejarse en ellas provisionalmente el cargamento del barco, pero por poco tiempo, porque al subir la marea quedaban otra vez sepultadas bajo el agua.

Ante aquellas rocas, que unas eran planas y otras formaban declive, Gilliatt detuvo el buque. Como las cubria espesa capa de ova y eran oblicuas en varios puntos, era fácil resbalarse en ellas.

Gilliatt se descalzó, saltó sobre las ovas y amarró el buque al pico de una roca.

Despues avanzó todo lo que pudo por entre los peñascos, se puso bajo de la *Duranda*, levantó los ojos y se dedicó á examinarla.

La *Duranda* estaba cogida, suspensa y como amoldada entre los dos peñascos, á unos veinte piés encima del agua. Se debió necesitar un golpe de mar espantoso para lanzarla á semejante altura.

Esos golpes violentos no asombran á la gente de mar. Para no abusar de los ejemplos, citaremos solo uno. El 25 de Enero de 1840, en el golfo de Stora, al terminar una tempestad, consiguió el impetu de su última ola hacer que saltara un bergantin entero por encima del casco de la corbeta la *Marne*, incrustándole entre dos acantilados con el bauprés hácia adelante.

Pero en el escollo Douvres no quedaba más que la mitad de la *Duranda*. El buque que arrancaron las olas, el huracán, en cierto modo, desarraigó del agua.

El torbellino de viento le torció, el torbellino de mar le retuvo, y de este modo, cogido en sentido inverso por las dos manos de la tempestad, se rompió como una endeble tabla. La popa, con la máquina y las ruedas, levantada fuera del agua y arrojada con la furia del huracán contra el desfiladero de los Douvres, se introdujo en él hasta la mitad del casco y allí se quedó clavada. La cólera del viento debió ser muy violenta para hundir el pesado maderamen entre los dos peñascos; para esto el huracán se convirtió en maza, dislocando la proa del buque en las rompientes. La sentina, desfondada, habia vaciado en el mar los bueyes ahogados.

Un pedazo de los tablones de proa se conservaba aun y colgaba de los sobre-

planos del tambor izquierdo, sostenido por cables destrozados. Se veían diseminados desordenadamente, sobrenadando en lejanas fragosidades del escollo, tirantes, tablas, harapos del velamen, pedazos de cadena y todo género de despojos.

Gilliatt examinaba atentamente la *Duranda*.

Estaba sereno el horizonte, en el que el agua ilimitada apenas se movía. El sol salía majestuoso de aquella vasta redondez azul.

De vez en cuando una gota de agua se desprendía de la quilla y se perdía en el mar.

II.

Las perfecciones del desastre.

Los peñascos Douvres eran diferentes en altura y en forma.

En la Douvre menor, encorvada y aguda, se ramificaban, desde la base á la cúspide, largas venas de roca de color de ladrillo, relativamente blandas, cuyas láminas penetraban en el interior del granito. Los desmoronamientos de esas láminas rojizas presentaban desigualdades que facilitaban el escalamiento. Una de éstas, situada algo encima de la cubierta de la *Duranda*, la habian ahuecado y trabajado tanto las continuas salpicaduras de las olas, que estaba convertida en una especie de nicho, donde se podía colocar una estatua. El granito de la Douvre menor estaba redondeado por la superficie y despuntado como la piedra de toque; pero esto no disminuía su dureza. La Douvre menor terminaba en punta como un cuerno. La Douvre mayor, lisa, bruñida, perpendicular y como tallada de una sola pieza, parecía que era de marfil negro. No tenía ni un agujero ni un relieve. Su escarpadura era inhospitalaria; un presidiario no hubiera podido aprovecharla para una fuga, ni un pájaro para hacer un nido. Como el peñasco el *Hombre*, tenía en la cumbre una plataforma, pero inaccesible.

Se podía subir á la Douvre menor, pero no permanecer allí; en la Douvre mayor se podía permanecer, pero no se podía subir.

Gilliatt, despues de hacer sus primeras investigaciones, se volvió á su barco, lo descargó de la más ancha de las cornisas que habia á flor de agua, hizo de su escaso cargamento una especie de fardo, que cubrió con un encerado; dejó

el fardo en un recodo de roca á la que no podía alcanzar el oleaje, y despues, hincando piés y manos en los salientes de las rocas, cifiendo la Douvre menor y agarrándose de las más pequeñas estrias, subió hasta llegar á la *Duranda*, que estaba encallada en el aire.

Cuando llegó á la altura de los tambores saltó á la cubierta.

Entonces vió el destroce interior de la *Duranda*. Aquello fué una horrible violencia, el estupro de la borrasca. Nada se parece tanto á un atentado como un naufragio; en él intervienen multitud de cómplices, la nube, el trueno, la lluvia, el huracán, las olas y las rocas.

Gilliatt se imaginaba ver en la cubierta desamparada algo parecido al pataleo furioso de los espíritus del mar. En todas partes veía indicios de rabia. Extrañas torsiones de ciertas piezas de hierro denunciaban furiosos arrebatos del viento. El entrepuente parecia el aposento de un loco; en él todo estaba hecho pedazos. No hay fiera como el mar para desmenuzar una presa. El agua está llena de garras. El viento muerde, la marejada devora, la ola es una mandíbula. Arranca y aplasta al mismo tiempo. El Océano dá zarpadas como el leon.

El destrozo de la *Duranda* ofrecia la particularidad de ser detallado y minucioso. Era una especie de escrutinio terrible. Muchas averías parecian hechas exprofeso. Las fracturas de los bordajes estaban practicadas con arte; esta clase de destruccion es propia de las mangas de agua y de viento. Destrozar y tijer-tear es el capricho de esas furiosas devastadoras. El ciclón tiene semejanza con el verdugo; los desastres que causa parecen suplicios. Podria decirse que es rencoroso y cruelmente refinado como un salvaje. Diseca exterminando. Tortura al naufrago y se recrea en su tormento.

Los ciclones son raros en nuestros climas, pero son más terribles, porque son inesperados. Cuando encuentran un escollo hacen girar la tormenta á su alrededor. Es muy probable que la borrasca formase espiral alrededor de los Douvres y al chocar con ellos se convirtiera en ciclón; de este modo se puede explicar la ascension del buque á tanta altura. Cuando sopla el sifon, el buque pesa tan poco al viento como la piedra á la honda.

La *Duranda* estaba herida como un hombre partido en dos mitades; era un

tronco abierto, que dejaba escapar multitud de despojos parecidos á entrañas. La járcia flotaba y se estremecia; cadenas rotas se balanceaban como si tiritasen; las fibras y los nervios del buque estaban descubiertos y colgaban. Lo que no estaba roto estaba desarticulado; en la superficie del forro de la carena se erizaban clavos; todo estaba ruinoso; el espenque no era más que un pedazo de hierro, la sonda no era más que un pedazo de plomo, la vigota no era más que un pedazo de madeja, la driza no era más que un cabo de cáñamo, el cable no era más que una madera enredada; en todas partes se veia la inutilidad lamentable de la demolicion.

Todo se hundia, todo caia; un arroyo de tablas, de escotillas, de hierro viejo, de cables y de tirantes se quedó detenido alrededor de la gran fractura de la quilla, y el menor choque seria suficiente para precipitar todo esto en el mar. Lo que quedaba de la poderosa carena tan triunfante en otro tiempo, lo que quedaba de la popa suspendida entre los dos Douvres y próxima á caer, todo estaba resquebrajado por diferentes partes y sus grietas dejaban entrever el interior sombrío del buque.

Desde abajo, el mar escupia su espuma á aquellos restos miserables.

III.

Sana, pero no salva.

Gilliatt no podia presumir que solo habia de encontrar la mitad del buque. No hacian presentir esto las indicaciones del patron del *Shealsiel*, á pesar de ser bastante precisas. Era posible que cuando se produjo tan terrible avería resonase el crujido diabólico que dicho patron oyó. Este estaba sin duda lejos cuando se verificó la última sacudida del huracán, y podia ser una tromba lo que él tomó por una oleada. Cuando luego se acercó para ver el desastre, quizá solo pudo ver la parte anterior de la quilla, por ocultarle lo restante la compresion del escollo, esto es, la ancha rotura que habia separado la proa de la popa.

Sin embargo, era exacto cuanto dijo el patron del *Shealsiel*. El casco de la *Duranda* estaba perdido, pero la máquina intacta.

Contingencias como estas son frecuentes en los naufragios y en los incendios.

Es incomprendible la lógica del desastre.

Estaban caidos los mástiles rotos, pero la chimenea ni siquiera se habia doblado; la plancha grande de hierro que soportaba la máquina la sostuvo como si fuese toda de una sola pieza. Los forros de cobre de los tambores estaban casi separados, como las tablillas de una persiana, pero al trasluz de las rendijas se veian las dos ruedas en buen estado. Faltaban algunas palas.

Como la máquina habia tambien resistido, el cabrestante de popa, que conservaba la cadena, por estar fuertemente encajado en un cuadro de albitanas, podia prestar aun servicios.

Las tablas de la cubierta se doblaban en casi todas partes. Todo aquel diafragma se bamboleaba.

En cambio, como dijimos, el pedazo de casco que se encalló entre los peñascos Douvres se mantenía firme y parecia sólido.

La conservacion de la máquina tenia un no sé qué de irrisorio, como si se añadiese la ironía á la catástrofe. La sombría malicia de lo desconocido se revela algunas veces en esa especie de burlas amargas. La máquina estaba ilesa, pero perdida. El Océano la conservaba en su poder para demolerla á su gusto. Era aquello el juego del gato con el raton.

Iba á agonizar deshaciéndose allí pieza tras pieza, sirviendo de juguete á las olas y á los vientos. Porque era locura pensar que aquella pesada mole mecánica y de engranajes, maciza y delicada á la vez, entregada en la soledad á fuerzas demolidoras, pudiese escapar á la destruccion lenta, pero segura.

La *Duranda* era prisionera de los Douvres. Cómo arrebatársela? ¿Cómo redimirla?

La evasion de un hombre es difícil, pero es árduo el problema de la evasion de una máquina.

IV.

Exámen local preliminar.

Gilliatt le apremiaban muchas urgencias, pero las más apremiantes eran encontrar un fondeadero para el buque y una guarida para él.

Como la *Duranda* estaba recostada más sobre babor que sobre estribor, el tambor derecho estaba más elevado que el izquierdo.

Gilliatt subió al tambor de la derecha. Desde allí dominaba la parte baja de las rompientes, y aunque formaba varios recodos la cordillera de peñascos que se alineaban en ángulos truncados detrás de los Douvres, pudo estudiar el plano general del escollo.

Empezó por hacer dicho reconocimiento.

Los Douvres eran como dos altas paredes que marcaban la estrecha entrada de una callejuela de pequeños acantilados graníticos con delanteras perpendiculares. No es raro encontrar en las formaciones submarinas primitivas extraños corredores que parecen cortados con una hacha.

Aquel desfiladero tortuoso nunca estaba seco, ni durante las mareas bajas. Una corriente violenta le cruzaba de parte á parte. El ímpetu de las revezas era bueno ó malo segun el rumbo del viento dominante, y ya desconcertaba el oleaje y lo aplacaba ó ya exasperaba sus furiosos. El último caso era el más frecuente, porque el obstáculo encoleriza al agua y la arrastra á cometer los mayores excesos; la espuma es la exageracion de las olas. El viento de tempestad, cuando se vé comprimido entre dos rocas, sufre estas mismas contrariedades y adquiere la misma malignidad. El soplo inmenso sigue siendo inmenso, pero se hace agudo y se convierte en maza y dardo á la vez. Taladra al mismo tiempo que aplasta. Es huracán y aire colado.

Las dos cordilleras de rocas, dejando entre sí una especie de calle del mar, se escalonaban más bajas que los Douvres en alturas que disminuian gradualmente hasta hundirse en las olas á cierta distancia. Allí se encontraba otro boquete, menos alto y más angosto que el de los Douvres, y que era la entrada del Este del desfiladero. Se comprendia que la doble prolongacion de las dos espinas de roca continuaba la calle por bajo del agua hasta el peñasco el *Hombre*, que estaba situado como una ciudadela en el otro extremo del escollo.

Como estaba baja la marea en el instante en que Gilliatt hacia sus observaciones, pudo ver todos los accidentes de las dos filas de bajíos: algunos se hallaban en seco, pero eran todos visibles y se coordinaban sin interrupcion.

El *Hombre* limitaba y sostenia por el lado de Levante la mole entera del escollo, que estaba apuntalado hácia Poniente por los dos Douvres.

El conjunto del escollo, contemplado á vista de pájaro, ofrecía un rosario de rompientes, que tenía á un extremo los Douvres y al otro el *Hombre*.

El escollo Douvres, considerado en globo, no era más que la inmersión de dos gigantescas láminas de granito, que estaban casi tocándose y que salían verticalmente como una cresta de las simas que hay en el fondo del Océano. Hay fuera del abismo muchos ejemplares de esas exfoliaciones inmensas. Las rachas y las marejadas habían recortado dicha cresta y la hicieron dentada como una sierra. Solo se veía su parte superior, esto es, el escollo. La parte de él que el agua escondía debía ser inmensa. La callejuela donde la tormenta lanzó á la *Duranda* era el sitio intermedio de las dos moles colosales.

La callejuela, que culebreaba como el rayo, tenía la misma anchura en casi todas partes. Así la construyó el Océano. El eterno tumulto produce estas caprichosas regularidades. A veces sale la geometría de las olas.

De un extremo á otro del desfiladero se prolongaban paralelamente hasta cierta distancia, que las costillas de la *Duranda* medían casi con exactitud. Entre los dos Douvres, el ensanche de la menor, recurvado y tumbado, dejó sitio para los tambores. En cualquier otra parte del escollo los tambores se hubieran hecho trizas.

La doble fachada del escollo interior era horrible. Cuando explorando el desierto de agua que se llama Océano se llega á las cosas desconocidas del mar, todo lo que se encuentra es sorprendente y disforme. Causaba horror lo que del desfiladero podía Gilliatt distinguir desde la cubierta. En las gargantas graníticas del Océano se halla con frecuencia la representación extraña y permanente del naufragio. El desfiladero de los Douvres tenía la suya. Los óxidos de la roca juntaban sobre la escarpadura, aquí y allá, manchas rojas, que imitaban cuajarones de sangre: algo parecido era esto al trasudor sanguinolento de una carnicería. Aquel escollo tenía algo de osario. Aquella piedra marítima distintamente coloreada, ya por la descomposición de aleaciones metálicas mezcladas con la roca, ya por el moho, presentaba en varias partes manchas de púrpura repugnantes, verdinegros sospechosos y salpicaduras rojas, que despertaban en la imaginación la idea de degüello y de exterminio. Se creía ver allí la pared,

no enjuta aun, del aposento en que se ha cometido un crimen. Parecía que hombres allí estrellados dejaron su huella; la roca cortada á pico conservaba no sé qué sello de agonías acumuladas. En ciertos sitios parecía que la carnicería manaba aun sangre, la muralla de rocas estaba mojada, y parecía imposible que se apoyara allí la mano sin retirarla manchada. El orin de la matanza aparecía allí por todas partes. Al pié de la doble escarpadura paralela, esparcidos á flor de agua, bajo las olas ó en seco en las orillas, monstruosos y redondos guijarros, de color de escarlata unos, negros ó azulados otros, aparentaban ser vísceras, y cualquiera hubiera creído ver en ellos pulmones frescos ó hígados que se estaban pudriendo, como si se hubiesen vaciado allí vientres de gigantes. Hilos rojos y largos, que pudieran tomarse por resudaciones fúnebres, rayaban el granito de arriba á bajo.

Aspectos semejantes son frecuentes en las cavernas del mar.

V.

Colaboraciones secretas de los elementos.

La forma del escollo no debe ser indiferente para los que pueden verse condenados á habitar temporalmente un escollo en el Océano, obligados á ello por las contingencias de los viajes. Existe el escollo pirámide, que consiste en una cima cónica encima del agua; el escollo círculo, que es como un redondel de piedras grandes, y además el escollo corredor. El escollo corredor es el más imponente, no solo por la agitación del agua entre sus paredes y por el tumulto que producen las olas comprimidas, sino también por las desconocidas propiedades meteorológicas que hace desenvolverse el paralelismo de dos rocas en alta mar. Dos rocas rectas son un verdadero aparato voltaico.

El escollo corredor está orientado y conviene conocer su orientación, porque de ella resulta su primera acción sobre el aire y sobre el agua. El escollo corredor obra sobre las olas y sobre el viento, mecánicamente por su forma, y galvánicamente por la imantación diferente y posible de sus planos verticales, que son masas superpuestas y contrariadas unas por otras.

La naturaleza de semejantes escollos atrae hacia ellos las fuerzas furiosas que esparce el huracán y tiene sobre la tor-

menta singular poder de concentración. De aquí dimana la acentuación que tiene la tempestad en los sitios en que encuentra dichas rompientes.

Es necesario convencerse de que el viento es compuesto. Se cree que es simple y no lo es. Su fuerza no solo es química, sino también magnética. Hay en ella algo inexplicable. El viento es tan eléctrico como aéreo. Hay ciertos vientos que coinciden con las auroras boreales. El viento del banco de las Aiguilles levanta olas de cien piés de elevación, con asombro de Dumont d'Urville. Cuando soplan las ráfagas australes, que son verdaderos tumores que abollan el Océano, el mar se pone tan horrible que los salvajes huyen por no verle. Las ráfagas boreales son diferentes, pero todas están mezcladas con alfileres de hielo; son vientos irrespirables, que obligan á retroceder sobre la nieve á los trineos de los esquimales. Hay vientos que queman, como el Simoun de Africa, que es el Tifón de China y el Samiel de la India. Esos tres nombres parecen los de tres demonios. Funden hasta lo alto de las montañas; una borrasca de ese viento vitrificó el volcán de Toluca: la produjo el Samiel. Este viento caliente, que se agita entre nubes de color de escarlata, este torbellino de color de tinta hizo exclamar á los Vedas: *Hé aquí el dios negro, que viene á robar las vacas rojas*. En todos estos hechos se siente la presión del misterio eléctrico.

El viento está lleno de este misterio. También el mar se complica con él; bajo sus olas, que se ven y son de agua, tiene sus olas de fuerza, que no se ven. De todas las confusiones, la del Océano es la más invisible y la más profunda.

Imposible es darse cuenta de caos tan enorme. Es el recipiente universal, es depósito para las fecundaciones y crisol para las transformaciones. Recoge, y luego dispersa; acumula, y luego siembra; devora, y después crea. Recibe todos los albañales de la tierra y los atesora. Es sólido en el vacío, líquido en las olas y fluido en los efluvios. Como materia es masa y como fuerza es abstracción. Iguala y enlaza los fenómenos. Se simplifica por medio del infinito en la convicción. A fuerza de mezclas y de turbaciones, llega á ser transparente. Su diversidad soluble se funde en su unidad. Consta de tantos elementos que producen la identidad. Cada una de sus gotas es el todo entero. Porque está lleno de tempestades, conserva el equilibrio.

Platon veía moverse las esferas; cosa extraña, pero real, que en la colosal evolución terrestre alrededor del sol, el Océano, con su flujo y su reflujo, sea el balancín del globo.

En cada fenómeno del mar se ven todos los fenómenos. El mar es aspirado por el torbellino como un sifón; la tormenta es un cuerpo de bomba; el rayo sale del agua lo mismo que del aire; en los navíos se experimentan sordas sacudidas y sale olor de azufre del fondo de la sentina.

En ciertas tempestades, que caracterizan el remolino de las estaciones y el establecimiento del equilibrio de las fuerzas genésicas, cuando á los navíos bate la espuma, parece que traspiran una claridad, y lucecillas de fósforo corren por las jarcias, tan mezcladas con el cordaje, que los marineros tienden la mano y tratan de coger al vuelo aquellos pájaros de fuego. Después del terremoto de Lisboa, un viento de fragua lanzó contra la ciudad una ola de sesenta piés de altura. La oscilación oceánica se enlaza con la trepidación terrestre.

Estas fuerzas inconmensurables hacen posibles todos los cataclismos. En 1864, á cien leguas de las costas de Malabar, una de las islas Maldivias se fué á pique. Se sumergió en el mar como un buque. Los pescadores que salieron de ella por la mañana no la encontraron por la tarde, pudiendo divisar vagamente su pueblo bajo el mar: entonces los buques asistieron á socorrer el naufragio de las casas.

En Europa, donde parece que la naturaleza quiere respetar la civilización, son tan raros estos acontecimientos, que se creen imposibles. Jersey y Guernesey formaron parte de la Galia; y mientras escribimos estas líneas, una tormenta del equinoccio acaba de demoler en la frontera de Inglaterra y de Escocia el acantilado *First of the Fourth*.

En ninguna parte esas fuerzas pánicas aparecen tan formidablemente amalgamadas como en el sorprendente estrecho boreal llamado Lyse-Fiord, que es el más terrible escollo del Océano. Allí se vé la demostración completa de lo que asentamos.

Dicho escollo está situado en el mar de Noruega, cerca del rudo golfo Stavanger, á los cincuenta y nueve grados de latitud. Allí el agua es pesada y negra, y sufre calenturas intermitentes de borrascas. En aquella soledad se vé una calle grande y sombría; calle

inútil, porque nadie pasa por ella; no se aventura á tanto ningun buque. Presenta su entrada un corredor de diez lenguas de longitud entre dos paredes de tres mil piés de altura. Ese estrecho tiene recodos y ángulos como todas las calles del mar, que nunca son rectas, porque están formadas por la torsion del oleaje.

En el Lyse-Fiord el agua está siempre muy tranquila y el cielo sereno, pero es sitio temible. ¿Dónde está el viento? No está arriba. ¿Dónde está el trueno? No está en el cielo. El huracán está bajo del mar y el rayo entre las rocas. De vez en cuando tiemblan las aguas. De repente, sin ver una nube en el aire, hácia el medio del acantilado vertical, á la altura de mil ó mil quinientos piés sobre las olas, y más por la parte del Sur que por la del Norte, bruscamente la roca truena, sale de ella un rayo; rayo que avanza, que retrocede, tiene contracciones y dilataciones, se lanza al acantilado opuesto, entra en el peñasco, sale, vuelve á entrar, multiplica su cabeza y sus lenguas, se eriza de puntas, hiere donde puede, empieza de nuevo y se extingue siniestramente. Los pájaros huyen á bandadas.

Nada hay tan misterioso como esa artillería que sale de lo invisible; una roca ataca á la otra. Los escollos se arrojan mutuamente rayos. Aquella guerra es diferente á la de los hombres. Es el odio de dos murallas dentro del abismo.

En el Lyse-Fiord el viento se vuelve effluvio, la roca ejerce funciones de nube y el trueno de volcán. Aquel extraño estrecho es una pila que tiene por elemento sus dos acantilados.

VI.

Una cuadra para el caballo.

Gilliatt, que conocia lo que eran escollos, consideró á los Douvres con las precauciones que debia. Pensó ante todo abrigar el barco en sitio seguro.

La doble cordillera de arrecifes que, como trinchera sinuosa, se prolongaba detrás de los Douvres, se agrupaba aquí y allá con otras rocas y se adivinaba que debia tener recodos y callejuelas sin salida, que se juntarian con el desfiladero principal como las ramas con el tronco.

La parte interior de las rompientes se veia tapizada de ova y la superior de

líquen. El nivel uniforme de la ova en todas las rocas marcaba la línea de flotacion de la marea alta y la de la mar tranquila. Los puntos que el agua no alcanzaba tenian el reflejo plateado y dorado que dá á los granitos marítimos la mezcla del líquen blanco con el líquen amarillo.

Una lepra de mariscos ovoideos cubria las rocas en ciertos parajes. En otros, en los ángulos entrantes, en que se acumulaba arena fina, que en su superficie movia más el viento que las olas, habia algunas mazorcas de cardo azul. En los sitios que batian menos las olas se veian las guaridas que se habian construido los esquineros. Estos erizos crustáceos, que avanzan como bolas vivas, rodando sobre sus puntas, cuya coraza consta de más de diez mil piezas artísticamente soldadas, ahuecan el granito con sus cinco dientes que muerden la piedra y se alojan en los agujeros. En esos alvéolos los encuentran los pescadores de mariscos; los parten en cuatro pedazos y se los comen crudos como si fuesen ostras. Hay pescadores que mojan el pan en su carne blanda y los llaman *huevos de mar*.

Las lejanas cúspides de los vacíos, que estaban fuera del agua cuando bajaba la marea, terminaban bajo la escarpadura del *Hombre* en una diminuta rada, que cerraba casi completamente el escollo. Aquello era un fondeadero posible. Gilliatt observó que tenia forma de herradura y que estaba abierto solo por la parte del Este. El agua encerrada allí casi dormia. Era una bahía aceptable; además, Gilliatt no tenia dónde escoger, y tenia que darse prisa si queria aprovechar la marea baja.

El tiempo, por otra parte, estaba bonancible y el mar tranquilo.

Gilliatt volvió á bajar, se descalzó, desamarró el cable, entró en su barco y se hizo á la mar, costeano á remo la parte exterior del escollo.

Al llegar cerca del *Hombre* examinó la entrada de la rada.

Una especie de cinta fija en la movilidad del agua indicaba el paso.

Gilliatt estudió un instante aquella curva, que es un lineamiento bastante confuso en el agua; despues echó un poco hácia fuera la barca para virar cómodamente y buscar el punto más hondo, y luego, imprimiéndola un solo movimiento de remo, entró en la pequeña ensenada.

Allí echó la sonda.

El fondeadero era excelente; protegía el barco contra casi todas las eventualidades de la estacion.

Los más temibles arrecifes tienen alguno de esos pacíficos recodos. Los puertos que se encuentran en los escollos se asemejan á la hospitalidad del beduino; son honrados y seguros.

Gilliatt colocó el buque todo lo cerca que pudo del *Hombre*, pero á suficiente distancia para poder maniobrar en caso necesario, y echó las dos anclas.

Despues se cruzó de brazos y celebró consejo consigo mismo.

Habia resuelto el problema de dar abrigo al barco, pero le faltaba resolver el segundo problema; el de encontrar asilo para él. Podia elegir entre dos albergues; el de su mismo buque, que tenia la popa casi habitable, y el de la meseta del *Hombre*, que era fácil de escalar. Desde cualquiera de estos dos albergues podia, estando la marea baja y saltando de una á otra roca, ganar casi á pié enjuto el espacio que hay entre los dos Douvres, donde estaba la *Duranda*.

Pero la marea baja solo dura un momento, y pasado éste, tenia que quedar separado del albergue ó de la *Duranda* por una distancia de más de doscientas brazas. Siempre es difícil navegar en las aguas de un escollo, pero cuando hay marejada es imposible. Tenia, pues, que renunciar á esos dos albergues.

No habia guarida posible en los peñascos vecinos, porque la marea alta hacia desaparecer dos veces al dia las rocas inferiores, y las superiores se veian atacadas incesantemente por saltos de espuma.

No le quedaba otro recurso que la *Duranda*; Gilliatt pensaba albergarse en ella.

VII.

Albergue para el viajero.

Media hora despues Gilliatt estaba á bordo del buque perdido, subia y bajaba desde la cubierta al entrepuente y desde el entrepuente á la sentina, profundizando el exámen ligero que hizo á primera vista.

Auxiliado por el cabrestante habia subido á la cubierta de la *Duranda* con el fardo que hizo del cargamento de su buque. El cabrestante se portó bien. No faltaban allí palancas para irle arras-

trando. Gilliatt podia escoger en aquel monton de escombros.

Entre las ruinas halló un escoplo, que cayó sin duda del tonel de la carpintería, y con él aumentó su coleccion de herramientas.

Como en los casos de apuro se cuenta con todo, Gilliatt se metió la mano en el bolsillo y se aseguró de que en él habia metido la navaja. Estuvo trabajando todo el dia en la *Duranda*, escombrando, consolidando, simplificando, y al terminar la tarde reconoció lo siguiente:

El buque destrozado se estremecia al menor impulso del viento. Cada paso que Gilliatt daba hacia temblar todo el esqueleto. Solo era estable y firme la parte del casco encajonada entre las rocas que contenia la máquina.

Instalarse en la *Duranda* no era prudente. Era sobrecargarla, y lo que importaba era aligerarla. Apoyarse en ella era lo contrario de lo que debia hacer. Aquella ruina necesitaba ser tratada con mucho mimo. Era peligroso tener que trabajar en ella. La cantidad de trabajo que tendria que soportar le fatigaria: era superior á sus fuerzas.

Además, si Gilliatt se durmiera de noche allí y sobreviniese algun accidente, pudiera irse á pique con la *Duranda*. No podria auxiliarla y malograria su empresa. Para socorrer al buque naufrago necesitaba encontrarse fuera de él; fuera y cerca, este es el problema que tenia que resolver y que aumentaba la dificultad de encontrar albergue. ¿Dónde hallar abrigo con tales condiciones?

Gilliatt meditó.

No le quedaba otro recurso que los dos Douvres, que no parecian habitables.

Desde bajo divisaba en la plataforma superior de la Douvre mayor una especie de excrecencia.

Las rocas enhiestas que tienen el remate plano, como la Douvre mayor y el *Hombre*, son picos decapitados y abundan en las montañas y en el Océano. Algunos peñascos, sobre todo de los que se encuentran en alta mar, tienen talladuras como los árboles podados; parece que han recibido hachazos. Están, en efecto, sometidos á los golpes del huracán, que es el leñador del mar.

Existen otras causas de cataclismos más profundos aun, á las que se deben muchas de las heridas que se notan en los granitos seculares. Algunos de estos colosos tienen la cabeza cortada. Sin que podamos explicar la causa, dicha